

LIBROS

La Física como idea y como ideología

No es habitual que los no profesionales de la enseñanza de la filosofía publiquen libros sobre esta materia, de la que el "amateurismo" parece estar sospechosamente desterrado. Y aún es menos común que los libros publicados por estos francotiradores no pertenezcan al área del ensayismo o de los aforismos sobre el arte de vivir, sino que aspiren al ordenado rigor especulativo que la academia pretende cosa propia, sin más motivos, por cierto, que los existentes para reconocer el valor a los soldados antes de demostrarlo. Por eso la obra de Antonio Escotado, voluntariamente apartado desde hace años de la enseñanza, sorprende con fulgor inusual, tanto por el amplio y sostenido aliento de las empresas que acomete, como por la vigorosa penetración de sus especulaciones. Ya hace tiempo admiramos estas raras cualidades en su estudio sobre la religión en Hegel (1), y ahora tenemos de nuevo ocasión de presenciarlas en otro de sus libros, de más ambiciosa aspiración, sobre la noción de "physis" en los presocráticos (2), obra que fue segundo finalista del Premio Anagrama de ensayo de 1974. En momentos en que sólo la vulgaridad o lo instrumental parecen gozar de apoyo editorial, la publicación de obras tan ajenas a esos dos marbetes como las de Antonio Escotado merece decidido elogio por quienes, más o menos, nos interesamos por el pensamiento en este país. Dicho esto como necesario tributo a la personalidad intelectual de un pensador de altura nada corriente, paso a la consideración crítica de la obra, que es el mejor testimonio de respeto que

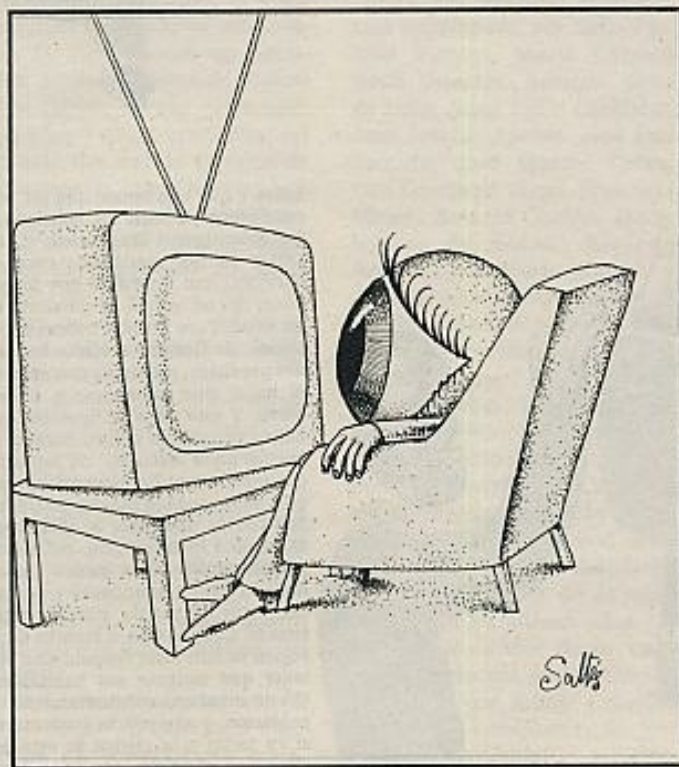
cualquier autor puede desear. En nada sorprenderán mis objeciones a Antonio, pues tantas veces las hemos debatido juntos en las veladas de nuestra amistad.

El concepto de "physis" es central en el pensamiento anterior a Sócrates: las habituales traducciones, que lo vierten por "naturaleza" o por "lo físico", son insuficientes para devolvernos la pristina energía del término, que remite a un algo fundacional, productivo, incondicionado al libre presentarse de la presencia. Antonio Escotado narra el desenvolvimiento del pensamiento físico en los primeros pensadores griegos, lo que no equivale en modo alguno a una historia filosófica de los presocráticos. Precisamente la historia, en tanto que condicionantes objetivos o referencia social del discurso filosófico, está totalmente ausente de su discurso. Tampoco es un trabajo histórico en el sentido genealógico de atención filológica al texto, pues los griegos nos hablan con la compleja terminología de Antonio Escotado, buen conocedor de Hegel y Heidegger, pero no con la despojada, sibilina y fragmentaria voz de sus remotos días. Esto les hace aparecer más coherentes, pero menos verosímiles. Sin embargo, lo que nos cuenta Escotado

es fundamentalmente una historia, una narración, cuyo argumento es el que sigue: los primeros griegos vivieron el amanecer sin trabas de la presencia, fuerte, libre, tenaz, a la que llamaron "physis", y en cuya comunión vivieron; paulatinamente, por motivos que se nos escapan —recordemos que de historia económica y social no se nos habla—, los hombres comenzaron a edificar ciudades para atrincherarse en ellas contra la espontaneidad de la "physis"; su discurso físico fue degradándose tras oposiciones éticas, psicológicas y, en último término y sobre todo, políticas; el concepto de "physis" se degradó en el edificante de "naturaleza" o en el instrumental de "física". Sencillamente, soy incapaz de compartir este modo de ver nuestra génesis intelectual. Los primeros pensadores que conozco no estaban radicados en modo alguno en cierta perdida pureza de lo físico, sino en la urbana, populosa y comercial Jonia; de lo que se pensaba en zonas más agrestemente físicas, nada sabemos. Los problemas que se planteaban estaban radicalmente entroncados con el dominio y misterio del lenguaje, la realidad artificial por antonomasia. Sus meditaciones sobre la producción y desaparición de las cosas y sobre cómo situarse

frente a ellas, en lo que nos son inteligibles, son **ab initio** inseparables de planteamientos éticos y políticos. Todo indica que vivían en el artificio; es decir, que eran **hombres** en el mismo sentido que nosotros: también para ellos lo físico debía ser invento, nostalgia o amenaza... Cuando Escotado afirma axiomas como éste: "Hay, desde luego, una inmensa distancia entre aquello que se ofrecía a una conciencia como la griega y lo que hoy cabe percibir dejando sencillamente abiertos los sentidos", vacilo en tomarlos como perogrulladas —no es lo mismo ser griego en el siglo VI a. d. J. C. que español en el XX d. J. C.— o como indicios de un conocimiento misterioso de las almas del pasado que me está celosamente vedado.

El libro lleva un extenso epílogo, que me parece sumamente significativo. Se trata de una crítica acerada de "La antinaturalidad", de Clément Rosset (3), obra ya comentada en estas mismas páginas. No puedo discutir en detalle la crítica que hace Escotado, algunas de cuyas objeciones me parecen sumamente justificadas. Pero encuentro un desvío fundamental en el planteamiento de la cuestión. A través de su ataque a Rosset y a los "neonietzscheanos" (tópico en el que incurre, quizá llevado por el calor de la discusión), lo que se recusa es toda la concepción crítica de la filosofía. Dominados por la pasión ética y política, presas del enmarañado artificio de la ciudad, olvidados de la "physis" primordial, los pensadores críticos no conocen más tarea intelectual que sospechar y zaherir, en lugar de describir serenamente la espontánea esplendidez de la presencia. Frente a ellos se dibuja la silueta del auténtico pensador, magníficamente aislado, libre de la tentación del ensayismo y de la sátira, que en su soledad rural descubre nuevamente el olvidado logos físico que animó a los remotos griegos. Uno guiña los ojos, deslumbrado por el fulgor idílico de la estampa. Pero aun a través del guiño ve el paraiso como "ghetto" y al solitario especulador como un sereno esclavo, más lejos que nadie del vigor incorruptible del que todo brota precisamente por haber querido volver a él de inmedia-



Salto

(1) "La conciencia infeliz", Revista de Occidente, 1973.

(2) "De physis a polis", Ed. Anagrama, 1975.

(3) "La anti-naturalidad", de Clément-Rosset, Ed. Taurus, 1974.

to, como si la ciudad y el dominio fuesen algo de lo que uno pudiese apartarse por simple acto de voluntad. Lo que el hombre sabe de la "physis" — y en esto Tales no difería demasiado de nosotros, si debemos atender al discurso que se le atribuye — es lo que las urgencias concertadas de la zozobra política y el ansia de liberación ética presentan a su conciencia vigilante, angustiada. Cuando la física olvida esto y reclama el intemporal prestigio de la Idea, es cuando más de lleno cae en la ideología. Adorno acertó a decirlo así: "La naturaleza, incluso cuando se presenta como la roca arcaica del ser, es proyección de la pervertida ansia cultural porque todo siga igual por mucho que cambie".

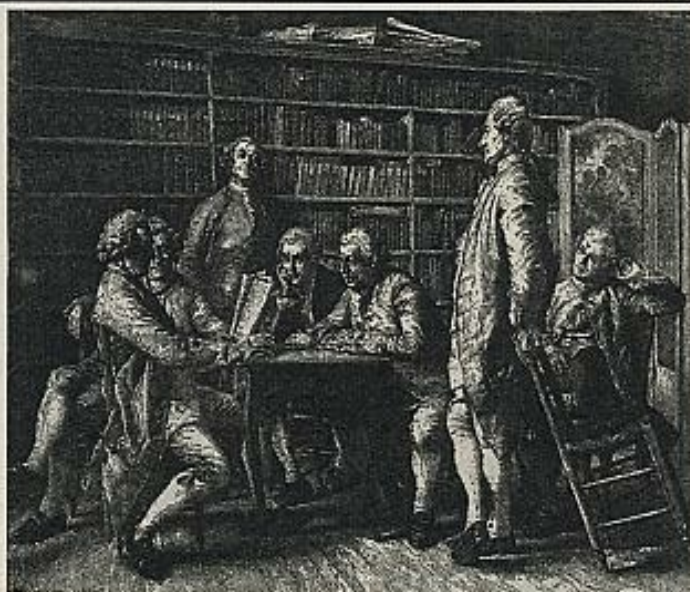
■ FERNANDO SAVATER.

## Ideas de la utopía

El "Sabine" (1), la escolar fuente política donde han bebido tantas generaciones de estudiantes, apenas si les da beligerancia. Parece así justificar el calificativo de "fracaso heroico" que Irving Louis Horowitz da al anarquismo en un libro del que ha aparecido en España la primera parte ("Los anarquistas. I: La teoría", Alianza Editorial), anunciándose para más adelante una segunda, donde se explicará la aplicación práctica de esa teoría de la acracia.

Horowitz, profesor americano que fue colaborador de Wright Mills, se confiesa simpatizante del anarquismo. Es una simpatía platónica y casi latifundista. Quiero decir que le hace ver el fenómeno con un criterio de generosa amplitud y que le lleva a englobar en esta selección de textos (algunos de gran belleza literaria) autores no considerados académicamente como dentro del fenómeno ácrata.

Son diecinueve los autores escogidos y vistos desde tres puntos de vista: como críticos de la sociedad, como portavoces de una forma de vida y como teóricos de un cierto sistema filosófico. Estos son: Diderot, Malatesta,



"Una lectura en casa de Diderot", según el cuadro de Meissonier.

ta (2), Proudhon, William Godwin, Bakunin, Kropotkin, Tucker y Rocker, Emma Goldman, Sacco y Vanzetti, Conrad, Dostoyevsky, Tolstoi, Camus, Stirner, Thoreau, Josiah Warren y Herbert Read.

Ante una nómina tan amplia, el libro queda casi como un examen de la Humanidad a propósito del anarquismo, y los temas tocados son, por supuesto, muy numerosos. Desde el hermoso texto de Dionisio Diderot sobre el estado de naturaleza, al de Emma Goldman sobre el amor, pasando por el clásico de Proudhon sobre la propiedad.

Una y otra vez, Horowitz presenta la consideración del anarquismo como movimiento moral, como una auténtica teoría del hombre nuevo, del inconformismo, del espíritu de rebeldía frente a lo estatuido, de la negación de la realidad como tal, de la huida de ella... Más que una revolución, lo que busca el anarquista es una abolición ("pretende aniquilar los rasgos sociológicos, económicos y políticos de la vida humana que hemos llegado a considerar como inalterables"). La traducción práctica de tales ideas no siempre parece realizable. Así lo señalará Horowitz: "El anarquismo no puede ser más que una postura. No puede representar una posición política viable".

(2) Acaba de aparecer en castellano "Malatesta, vida e ideas", de Vernon Richards (Tusquets Editor), en tres partes: una con escritos del italiano, otra con su biografía y una tercera valorativa de su vida y obra.

Sí puede ser, en cambio, un fermento, una levadura, un arma crítica de otros sistemas, un ojo avizor correctivo y vigilante de abusos. Horowitz, profesor, como hemos dicho, en una Universidad norteamericana, enlaza el anarquismo, hasta cierto punto, con los movimientos contestatarios que tanto florecieron en Berkeley, para después extenderse a otros centros. Se ha convertido en una crítica de la sociedad de la abundancia, y, por aquí, parece unirlo con el texto citado de Diderot: "Has entrado en nuestras cabañas, ¿crees que nos falta algo? Puedes perseguir hasta donde quieras lo que tú llamas las comodidades de la vida, pero deja que los seres sensatos se detengan en lugar de continuar sus penosos esfuerzos, que sólo les proporcionarían bienes imaginarios". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

## Crónicas de prisión y de muerte

El 30 de marzo de 1939, y en el primer número de "Arriba" salido en la capital, se hacían públicas las Normas de la Auditoría de Guerra para la depuración de responsabilidades. En ellas se determinaban los plazos de presentación de las diversas categorías profesionales y políticas que pudieran verse incluidas en la depuración. Según el breve

preámbulo explicativo, se ajustaban dichas disposiciones a "la justicia que ha de administrarse rápida y serenamente en esta capital", huyendo, eso sí, de "venganzas personales", de acuerdo con "el sentido de la justicia clásico en nuestra Patria". Frente a "quienes os tuvieron tanto tiempo sometidos al terror, España os trae, con su victoria, el cumplimiento exacto de su verdad", lo que en el plano procesal se correspondía con la "justicia serena, pero firme, que en el orden penal sabrá imponer a cada cual la sanción que haya merecido".

Pero sería inútil buscar en lo sucesivo datos concretos acerca del alcance real de dichos criterios en su aplicación. "La Revolución Nacional sindicalista —apuntaba un editorial del propio "Arriba", el 25 de abril— se logra por una serie de reformas destructoras y constructoras, por una serie de operaciones



Eduardo de Guzmán.

quirúrgicas —amputaciones e injertos— en el cuerpo social". Las únicas aparecidas en la prensa se referían a la captura o "detención de malhechores", especificando la aprehensión de funcionarios o militantes que, al parecer, se hallaban directamente implicados en delitos de sangre durante el período de guerra. Una capa de silencio, bajo el cúmulo de declaraciones triunfalistas sobre el futuro de la nueva España, cubría a quienes, por decenas de miles, habían pasado en cuestión de horas o de días a amontonarse en los lugares de detención tras su derrota como defensores del Estado republicano.

(1) "Historia de la teoría política", George H. Sabine, Fondo de Cultura Económica.